

MONTALVO FIALLOS, JUAN (1832-1889)

*DE LA LIBERTAD DE IMPRENTA*

Refieren de Aristipo que habiendo naufragado una vez, salió a nado a la orilla y se llenó de gozo al ver en la arena trazadas ciertas figuras de geometría, indicio evidente de que la providencia de los dioses le había echado a una colonia griega y no a un país bárbaro. El que en un pueblo encuentra establecida la imprenta puede estar seguro de que llegó a una nación civilizada; el que ve un periódico en la tierra a donde le llevó la suerte o el acaso cuenta con que tiene que haberlas con hombres ilustrados. Hay señales inerrables de la situación moral de las humanas sociedades, que a primera vista nos hacen columbrar sus aptitudes, sus inclinaciones y las cosas de que gustan ocuparse. Las figuras de geometría encontradas por Aristipo en la playa del mar, el uso de la moneda, los libros y periódicos son testigos de buena fe de que no dimos en un país de bárbaros, o de que el despotismo no impera en esas afortunadas comarcas, el despotismo, peor mil veces que la barbarie. La libertad del pensamiento ha constituido siempre la libertad política; y estas dos libertades por maravilla no habrán traído consigo la libertad civil, grupo adorable y seductor como el de las tres Gracias. A medida que el absolutismo toma pie las tres libertades se separan: cuando descuella con todas sus fuerzas, cuando oprime con cien brazos, como dice Montesquieu, no deja sombra de ellas, bórranse, destrúyense, el lienzo queda limpio para recibir la imagen del tirano.

Remontémonos a los primitivos tiempos y tomemos el agua desde arriba. La sabia y republicana Grecia, tenía por ley la libertad del pensamiento: las plazas públicas servían, por decirlo así, de imprenta, y los ciudadanos todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, nobles y plebeyos tienen allí derecho de intervenir en los asuntos públicos, tomando la palabra y diciendo sin reparo su dictamen ora sobre la conducta de los magistrados, ora sobre las acciones de los generales, ora en fin sobre la conveniencia y deberes de la república. En las tribunas del pueblo no resuenan solamente las voces de los Pericles y Cimones, de los Nicias y Licurgos; los Hiperbóreos llaman también la atención de sus conciudadanos, y a fuerza de ser libres alcanzan el ostracismo, noble pena por la cual no brillaban sino los prohombres de mayor suposición. Alcibíades arrastrando su grandioso manto de púrpura atraviesa la plaza de Atenas se encumbra en la tribuna, y en explayada y egregia elocuencia pide tal guerra en donde su gloria prevalezca sobre los intereses del pueblo. Mas no ha de faltar un ateniense oscuro, un hombre del estado llano que ponga en práctica sus fueros contradiciendo al rey Alcibíades, y ganando los sufragios de sus compatriotas a su parecer. Es que Atenas era libre entonces, libre la palabra, y el pensamiento no reconocía señorío, sino era la razón y la justicia. Pero una vez perdida su libertad política perdióse la elocuencia, y los treinta tiranos prohibieron al pueblo subir a la roca Pnix en donde tenía sus reuniones más acaloradas y en donde la independencia y libre albedrío desplegaron todas sus banderas. Pisístrato huella impío las leyes de Solón; Pisístrato es tirano; con Pisístrato nadie habla. Muere Pisístrato, revive la palabra: los

atenienses otra vez armados de ella, se encastillan en los lugares eminentes que veneraba el pueblo. Hiparco los sorprende todavía y los encadena: vuelve el mutismo, el pensamiento gime, y la palabra no es sino la prisionera del tirano Hiparco. Harmodio y Aristogitón dan al través con él, libertan a su patria, y la patria agradecida alza estatuas a los héroes y mantiene a sus hijos a expensas del erario: todos gozan entonces plena facultad de expresarse, y avientan sus opiniones al rostro, digamos así, de los que por ventura abrigan en su pecho nuevos proyectos de tiranía. Pero la libertad es árbol sujeto a mil enfermedades, muere y retoña según le influye el cielo y según los vientos que le azotan. ¡He allí la libre Atenas esclava de Demetrio!, alzándole altares como a un dios y decretando que cuanto hiciese el tirano se tuviese por justo entre los dioses y por sagrado entre los hombres. Si se le había dejado la voz tan solamente para que trasluciera a su amo, ¿podía articular un término en pro de la muerta libertad? El gobernante que no permite hablar ni escribir es tirano; el pueblo que no puede ni uno ni otro, es clavo. Si Aristipo hubiera aportado en nuestras costas, no hay duda de que hubiera creído hallarse en casa de la barbarie o de la servidumbre.

Los comicios de Roma principiaron con la expulsión de los Tarquinos, y fue Bruto quien dio voz a los Romanos, enseñándoles a ser libres y a decir sin rebozo que lo eran. Los Icilios, los Numitorios y Virginius no hablaron mientras Roma tuvo reyes: cuando hablaron, los Decenviros vinieron al polvo, y la patria recobró sus regalías a fuerza de expresar sus pensamientos y deseos. Los Gracos son la encarnación de la libertad romana: Los Gracos arengan al pueblo, le ponen de manifiesto las usurpaciones del Senado, le instruyen y señalan el camino de la verdadera libertad. Los Gracos sucumben a impulsos de los nobles, esto es, de los tiranos, y porque quisieron ser libres les llaman demagogos, y porque dispararon sus tiros contra la tiranía les llaman conspiradores. ¿No sería más justo y mejor decir, como ya dijo otro, que el Senado y los Cónsules conspiraron contra los Gracos y el pueblo? En general mientras Roma gozó de libertad política tuvo el libre y pleno uso de la palabra; y tal fue el respeto que este derecho imprimió en el corazón hasta de sus enemigos, que Roma era ya sierva y no se había amordazado a los romanos. César dueño del mundo, olvida las varillas que Cicerón no había dejado de echarle cuando aún no había vencido; y en orden a los cargos respecto de Catón tiene por mejor y más digno de él refutarlos con la pluma, contrarrestando poderosamente la elocuencia de su adversario. El mismo Augusto, en cuya persona empezaban a asomar los reflejos divinos con que los emperadores iban a endiosarse luego, sufrió en buena paz y filosofía, no digamos las censuras contra su gobierno, pero también las sátiras contra su propia majestad; y era esto en tanto grado así, que se leían públicamente los escritos de Asinio Polión, las oraciones de Marco Bruto y las de Marco Antonio que estaban llenas de vituperios contra él y su predecesor. Ni las obras de Catulo y Bibáculo, tan adversas a la casa de los Césares, se vieron proscritas hasta que Nerón hizo morir a Cremusio Cordo por el inaudito crimen de haber llamado a Casio el último de los romanos.

Cuando aquellos resolvieron no ser los padres sino los verdugos de la patria, ya no se fueron a la mano en la persecución de los oradores y escritores públicos. Domiciano condenó a muerte a Meto Pomposiano que leía en las tertulias las arengas de Tito Livio, con decir que los recuerdos y los sentimientos de que ellas estaban rebosando podían

perjudicar a la seguridad del César. ¿Mas qué decir cuando el mismo Senado expidió un terrible decreto por el cual se expulsaba de Roma a todos los filósofos? El Senado no era entonces aquella junta de dioses que detuvo a los galos respetuosos y mudos en su presencia, sino un conciliábulo de siervos que no pensaba sino en decretar honores divinos al emperador, poniendo el sello a todas sus iniquidades. Así pues, el primer cuidado de los tiranos ha sido en todos tiempos ahogar la voz de los oprimidos, aniquilar el pensamiento público. De donde la sana razón y buena lógica deducen, que si un rey o un presidente consiguieron imponer silencio a la nación, maniataron la libertad. Desde ese instante ya no son gobernadores de pueblos, magistrados de naciones; amos son que maltratan esclavos inocentes, capataces que oprimen y flagelan a una muchedumbre de orates desdichados.

Las naciones modernas de Europa casi todas son regidas despóticamente, si bien la forma de la monarquía en la mayor parte de ellas se dice constitucional. Y vemos con asombro que el monarca más poderoso y absoluto guarda con todo ciertos miramientos y consideraciones a la prensa, que son desconocidas en la América republicana. En el imperio francés los periódicos están sujetos a una advertencia, a una amonestación, y no se les suprime sino por contumacia, quedando ilesos los escritores, sino traspasaron los términos prescritos por la ley o la moral, en cuyo caso los tribunales competentes toman por suyo el cuidado de la vindicta pública. El propio despotismo respeta la opinión en los pueblos verdaderamente cultos, y la testa coronada ha de guardar cierto temperamento que mantenga el equilibrio entre la voluntad absoluta, la paciencia de los súbditos y el concepto del mundo civilizado. En salían a luz en Francia periódicos entre diarios, hebdomadarios y revistas mensuales, los cuales, si podían contenerse en ciertos límites de moderación y buena crianza, hablaban hasta de los actos más íntimos del gobierno, sin ocultar su juicio. La gran Bretaña tenía ; la gran Bretaña, asiento de la libertad política, reino de las leyes, da de sí escritos muchos y muy buenos. ¿Un presidentillo de América no se tendría por el más triste de los hombres si su gobierno estuviese sujeto a tantas cortapisas, si sus actos pasasen por tantas desembozadas censuras, si su responsabilidad fuera tan grande como la de Inglaterra? ¿Qué es, mi Dios, ver a todo un lord Palmerston, a todo un primer ministro de la reina Victoria, a un amo de los mares, y como tal, a un inspector del mundo, arrastrado por un simple y oscuro particular al tribunal de la justicia! A Melgarejo o a Pezet les debe parecer esto lo más ridículo, y cuando oyen esas cosas, les sucede lo que a ese rey del Pegú, que habiéndole hecho saber el veneciano Balbi como en Venecia no había rey, se tomó a reír con tanta fuerza, que por poco se le revientan las arterias y se muere. En Inglaterra los escritores sólo al jurado temen; vale decir que la licencia es la prohibida, y en tanto no dan en ella, los ciudadanos pueden borrar el pensamiento y ponerlo en el punto que a sus intenciones corresponda. De todo hablan, todo lo discuten, todo lo juzgan: el gobierno tiene en la prensa un censor, poderoso por lo que en ella hay libre y autorizado; la prensa es el de aquí no pasarás de los gobernadores, de los ministros, del monarca y aún del poder legislativo. Nada hay más respetado en este afortunado pueblo que la ley: ella es la verdadera reina, y la otra no hace sino obedecerla y mandarla obedecer. ¿Qué cachidiablo ridículo y perverso viene a ser un estadillo de la América latina al lado de esa matrona sabia, cuya frente fulgura

rayos de luz purísima? La gran Bretaña, monarquía; el Perú, Nueva Granada, el Ecuador, repúblicas: ¿en dónde reinan las leyes? ¿dónde impera la justicia? ¿cuál de ellas es más libre y decorosa? Sin los vicios que una larga sucesión de siglos, un refinamiento de cultura y la natural propensión de las naciones a la decadencia cuando han llegado al remate de la civilización, me atrevo a decirlo y no lo temo, mucho más prestaría para nuestra felicidad el reflejo de la de aquella nación, que todas nuestras soñadas libertades y derechos de republicanos. Sepámoslo ser, y con nadie cambiaremos nuestra suerte; pero si con ese rico nombre no somos sino ilotas a quienes se da de puñaladas hasta por pasar el tiempo, somos los más mezquinos y desventurados de los hombres.

En España, en Austria y Prusia cuyos soberanos hacen derivar de Dios su derecho a la corona, no puede hablarse del de los pueblos sino entre rincones y como de cosa prohibida; pero en fin se escribe, y los escritores no, son perseguidos y aniquilados inmediatamente y sin otro motivo que sus escritos; lo cual prueba que puede haber y hay despotismo ilustrado, que sin perder de vista sus personales y tristes conveniencias, jamás echa en olvido aquella consideración debida al juicio de las demás naciones y al afecto o al engaño de los que están uncidos a su yugo.

¿Es por ventura este despotismo ilustrado el de la América del Sur? No, visto que la opinión pública ni el concepto de las naciones no entran para nada en el entender de los que gobiernan como kanes de Tartaria. ¿Dónde está esa fina urbanidad de Napoleón III, que pudiendo ser y siendo todo, sufre que primero se advierta a los editores de un periódico, que luego se amoneste y que no se lo suprima sino cuando no hay mejor remedio? Y aun así más tarda el Emperador en ausentarse ocho días de la corte confiando la regencia del imperio a su esposa, que ésta en levantar y anular las advertencias y amonestaciones que pesaban sobre la prensa, y dejarla como si fuera a principiar. Napoleón es déspota, no hay duda; pero ¡qué déspota tan ilustrado! Napoleón es tirano algunas veces, no hay remedio; pero ¡qué tirano tan remirado, qué tirano tan fino y elegante! Vaya, si siquiera hubiera cultura en estos sultanuelos ruines que nos quitan la vida. Pero sus pasiones son de salvajes, de fieras sus arranques. Todo es matar, desterrar, azotar, repartir palos como, ciego a Dios y a la ventura, echarse sobre las leyes y los ciudadanos cual pudiera un lobo hambreado sobre un aprisco sin guardianes. Un Fierabrás en Venezuela sabe que un escritor ha vituperado sus pésimas acciones, y a sablazos, le echa a la cama en artículo de muerte. Un Bélzu oye algunas palabras malsonantes para sus oídos, y se le erizan los pelos del bigote, y cierra con quienes censuran su gobierno. Un García Moreno acude presuroso adonde se escribía, allana el hogar doméstico con batallones enteros de soldados, cierra la ciudad probando si daba con los escritores, y de tomarlos, sin remedio los sepulta en las ciénagas del Napo.

Este despotismo no es ilustrado; este despotismo es ciego, bárbaro, selvático. No hagáis cañones de las campanas, no malgastéis en guerras insensatas los adornos de los templos, las cosas sagradas, no convertáis en balas la letra de la imprenta, ni en soldados los impresores, y ya os puede quedar siquiera un vano pretexto para las otras inauditas violencias que lleváis adelante con achaque de revoluciones: sabido es por los hombres de Estado y grandes políticos que si algún gobierno ha menester de censura es el republicano, cuyo principio es la virtud. ¿Qué es esto de querer reinar sobre idiotas?

¿Acaso nosotros creemos, como los antiguos moscovitas, que la libertad consiste en el poder y uso de llevar la barba larga? Dejadnos hablar, por Dios, que de puro mantenernos en tímido silencio nos vais a entorpecer la inteligencia, como que todo lo que no se ejercita, bien así en el alma como en el cuerpo, pierde sus quilates y su fuerza. ¿Timbre será dominar a esclavos mudos? ¿No sería más honroso dominar a hombres libres y hacerse querer de ellos, alternar con dignos y hacerse estimar de sus conciudadanos? ¡Ya os veo, tiranos, arrugada la frente, torva la mirada, las manos goteando sangre, buscar como poner os en cobro cuando se os acabe el poder, porque la conciencia os ladra y grita que el enemigo del género humano ha de temer al género humano! ¿Acaso Numa no reinó cuarenta y más años sin aconsejarse de la crueldad sino de la sabiduría? ¿Acaso Augusto no fue el primero de los mortales echando por el camino de la clemencia, cuando vio ser inútil el rigor y aun pernicioso? ¿Acaso Washington no fundó una república y gobernó un pueblo sin que le fuesen necesarios patíbulo, grillos ni calabozos para establecer su autoridad? Si para todos los reyes hubiera una ninfa Egeria, ya los pueblos podían decirse benditos de la Providencia; si todas las repúblicas tuvieran un Areópago, la sabiduría encarnada en las leyes sería la que gobernase; si aquel Washington venerado de los hombres de bien, querido de los justos, deseado de los republicanos recibiera de Dios licencia para venir de numen de todos los gobernantes a inspirarles el bien y el acierto, la pobre América desgarrada por todas partes, oprimida, vilipendiada, que anda rodando de mano en mano como vil peonza, vendría a ser una gran nación compuesta de muchos miembros, a los cuales imprimiera el movimiento un solo y grande móvil, la virtud.

Emilio de Girardin que, como le dijeron en Francia, a fuerza de esfuerzos ha conseguido hacerse famoso pero no célebre, salió cuando menos se esperaba enojando al público sensato con la peregrina y desconsoladora especie de que «la prensa no servía de nada, que nada podía el escritor en el ánimo de las masas, y que bien podía prescindirse de ella sin el menor detrimento para los asociados en nación». ¡Era de ver la cólera con que los periodistas cayeron sobre el pobre Girardin! Le sacudieron, le pisaron, le mordieron, no le dejaron hueso sano, y después de una vehemente discusión quedó en limpio que la prensa era lo mejor que podía haberse imaginado para tener a raya a los tiranos. ¡Sí! La prensa es el canal grandioso por donde corren las ideas nuevas, los grandes pensamientos a infiltrarse en el corazón y la cabeza de los hombres cuan anchamente se hallan esparcidos por el globo; la prensa es uno como sistema eléctrico de infinitos hilos por los cuales se difunden por todos los ámbitos de la tierra los acontecimientos, los cambios y progresos que de día en día tienen lugar en la inteligencia humana; la prensa es el árbol de la vida, si la vida social es la instrucción, la ciencia, los adelantos físicos y morales. De aquí es que en las naciones ilustradas ha de haber imprenta libre, o los que la tienen en sus manos son verdugos ciegos, enemigos de la Providencia que gusta de la luz. ¡Imprenta! ¡Imprenta! Arrebatadnos los bienes de fortuna, arrastradnos a guerras injustas, aherrojadnos en mazmorras, pero dejadnos hablar.

¿No sería crimen atroz que empezaseis luego a sacar los ojos a los ciudadanos, a corcharles con plomo los oídos, a privarles del gusto con cauterios? Pues más crueles sois en sacarles los ojos del alma, en privarles de la voz, en cubrirles el pensamiento con una plancha de brea. Si habéis oído al ruiseñor, ya sabéis qué música divina fluye a torrentes

de esa plateada garganta. Pero tomadle, ponedle en jaula de repente cuando soltaba la voz libre y sin recelo en el parque de Versalles o en los bosques de la Alhambra, y si os apura la cruel insensatez, liadle bien el pico con un entorchado. ¿Qué vendría a ser esta avecilla dulce y armoniosa, este divino instrumento con que natura se regala en sus soledades y melancolías? Un pedazo de materia inútil sin hechizo de ninguna clase. Ahora suponed que el águila, tirano de los aires, devorase o inhabilitase a todas las canoras aves que pululan a millares en los sotos y jardines de Italia en primavera: ¿de qué armonías, de qué deleites, de qué suaves emociones y gratas influencias no habría privado a quienes solían escucharlas? Pues esto y mucho más sucede con los tiranos de los hombres y sus víctimas: les quitan la voz, y la política pierde sus censores; les quitan la voz, y la moral ya no tiene defensores; les quitan la voz, y la sociedad humana va sin guía trastabillando por los oscuros laberintos por donde la arrastran sus sayones. Si nos podemos expresar, a lo menos el rigor de la tiranía lo templaremos con la queja, consuelo de tristes, pero al fin consuelo; y en queriendo Dios ayudarnos, hablando nos salvaremos. Él nos dio pensamiento, Dios dijo, oid esta palabra y pensadla bien, vosotros que la pronunciáis sin comprenderla o la comprendéis sin respetarla; El nos dio pensamiento para que pensemos. Él nos dio sentimiento para que sintamos, él nos dio voz para que hablemos y nos expresemos: dejádnos pues sentir, pensar y hablar, porque estas facultades están enlazadas de manera que al privarnos de una de ellas, privado nos habéis de todas. Si la espada está arrinconada mucho tiempo, se toma de orín y su vuelta ya no corta. Tal es el pensamiento, si no piensa ya no piensa. Y los opresores de los hombres, por broncos y bravíos que les haya creado la naturaleza, debían de comprender que rinde más para su bien ser uno de ellos por la fraternidad, el primero de ellos por la magnanimidad, el todo de ellos por su utilidad, que dejarse estar a gran distancia de sus semejantes aguzando sombríos la daga de Tiberio.

Dicen de Sócrates que cuando le quitaron los grillos experimentó una agradable, dulce comezón en la parte que le habían oprimido: esta comezoncilla grata y voluptuosa es la que están sintiendo los pobres ecuatorianos con haberseles quitado los grillas de Don Gabriel. ¡Loor a Dios! ya vemos claro el día; ya el patíbulo vuelve a su escondite inmundo; ya las mazmorras se cierran: ¡quién nos diera que esto fuese como el templo de Jano reinando el cuerdo Numa, por cuarenta años, por ciento, para siempre! Los hombres no serán felices sino cuando se tengan todos por hermanos y dejen de oprimirse y destruirse unos a otros. Las naciones que se compongan de Galileos y Samaritanos, de Güelfos y Gibelinos, de Abencerrajes y Segríes caminan a su ruina, visto que está en la naturaleza de las cosas que no puedan vivir juntos enemigos irreconciliables. *Delenda est Cartago.*

Sin grillos, libres estamos por ahora de la tiranía; pero ¡ay! no libres de los necios. Con ocasión del folleto de Don Julio Zaldumbide titulado «La República &...», los dañados de conciencia, tardos de juicio y prontos de lengua le han llamado villano y cobarde, por haber, dicen, dado a luz ese escrito cuando García Moreno dejó el mando y se apeó de la presidencia de la República, sin fuerza ya para vengarse a su modo y a su salvo. ¡Cómo es posible! ¿Serían ruines y cobardes tantos ilustres escritores por haber dado a luz sus historias cuando los tiranos habían dejado de imperar por muertos o desposeídos? García Moreno dejó el mando; pues a ningún hombre pundonoroso le será permitido denunciar

al universo sus desmanes! Lo que no se le dijo, ya no se le puede decir: antes fue inviolable por miedo, ahora ha de ser sagrado por decoro de los otros; las acciones de los ciudadanos quedaron prescritas: ¡de nada es responsable el funesto presidente! Pero la justicia divina misma espera; ni es tan puntual y ejecutiva que así que pecamos nos aplica su ley, ni nos anda increpando de continuo nuestras culpas. Y porque nada nos dice cuando aún podemos ofenderla, ¿le hemos de llamar...? Mirad lo que decís, ¡miradlo bien, esclavos!

Sabe por otra parte el mundo entero que reinando Don Gabriel García la prensa ha estado con bozal, enmudecida, bien como el ladrón de casa suele hacer con el fiel perro, para que de noche no haga ruido. Los propietarios de imprenta perseguidos unos, corrompidos otros; los oficiales y cajistas fugitivos unos, en los cuarteles otros; gran dificultad en fin de publicar ningún escrito. Y si a pesar de todo se publicaba alguno, ir en derechura a un calabozo, al suplicio de la barra, o a los confines del mundo pasando por el Napo. ¿Sería éste el valor? No, porque no lo hay en hacer abrir la jaula y echar los leones fuera; lo que sí hay es, y competente, locura, quijotismo. El verdadero valor consiste en arrostrar el peligro cuando nos corren probabilidades de salir airosos, o es absolutamente necesario, de forma que sin eso la honra o la Patria estuviesen a pique de perderse; y, en evitarlo, cuando se va derechamente a muerte, ni precisa ni fructuosa. Esta es la temeridad; y no esa temeridad de gran alcurnia de Marcelo o Carlos XII, sino esa temeridad estúpida con la cual algunos acometen o esperan el peligro sin fruto ni nobleza. Corríanse toros en la plaza del lugar en donde vivo: un buen hombre se dejaba estar sentado en la puerta de la iglesia ostentando una intrepidez que en breve iba a costarle caro; venía la fiera; todos huían menos él, y aun se propasaba a provocarla, sin contar con salida ni refugio, sin ponerse siquiera en pie para ver de sacarle un lance. En una de éstas vino el toro, le estrelló contra la pared y le destapó la cara. Este era el valor que han querido manifestásemos los patriotas contra García Moreno, cuando hemos estado viendo tantas cabezas y caras destapadas.

Los héroes de la Ilíada no empeñan el combate sino bien cubiertos de armas defensivas, peto, brazales y escarcela: ¿quién no ha visto el plumón del casco de Héctor ondeando en las murallas de Troya? Los legisladores de los griegos, al decir de la historia, castigan de muerte al soldado que botó su escudo y no al que dejó su espada en el campo de batalla. El cuidado de defenderse es más racional que el de acometer, según lo siente Plutarco; por donde en los gobiernos despóticos, como quiera que la espada del tirano esté constantemente enderezada hacia el pecho de los oprimidos, nadie chista, porque hablar sería morir. Mientras las leyes resguardan a los ciudadanos, el que sufre en silencio los desmanes del mandatario es digno de la esclavitud; pero donde ellas no son sino dorados parapetos tras los cuales la tiranía afila su puñal, el que se calla a lo más podrá ser dicho desgraciado. Sabemos que el patriota sublime, el hombre generoso ha de sacrificar su vida a la verdad; pero esto será donde haya quien le entienda, donde haya quien le anime, donde haya quien le ayude; ¡qué digo! donde haya siquiera quien le compadezca y le disculpe cuando el sacrificio ha sido consumado. Pero aquí el digno, el pundonoroso, el aborrecedor de la injusticia y la ruindad tiene que vivir en lastimoso aislamiento. Si algo piensa, no lo dice, porque no encuentra sino improbadores; si algo emprende, sus más fieles compañeros le traicionan; si algo escribe, no le faltará un amigo íntimo que se ría

de su sensibilidad llamando delirios sus arranques de indignación contra los tiranos y sus ruines víctimas. La palidez de Casio, las lágrimas de Wellington son por demás en estos tristes pueblos: el que por vil propensión no es para esclavo, lo es por corrupción; y el que aborrece y huye de esas cosas y de otras de peor jaez, «es un extravagante».

Pero en fin venimos a parar en que no hubo cobardía en callar mientras García Moreno tenía el poder absoluto en las manos, supuesto que contra él no teníamos ningunas armas defensivas; no la hubo, sino en primer lugar, impotencia de expresarse, en segundo lugar cordura. García Moreno ha dejado el mando, es cierto; pero con el mando no se le acaba su carácter, ni los ímpetus de su genio son menos de temer: siempre es audaz, siempre arrojado, siempre poderoso de su persona, y, según es lengua, diestro en el manejo de las armas. ¿Será de cobardes irritarle con la verdad y arrostrar con su ira? La cosa es clara, nadie que no esté firmemente resuelto ni se sienta con ánimo para morir de su mano o matarle en propia y natural defensa, había de ir inconsideradamente a echarle el agraz en el ojo.

De mí sé decir, que sobre las razones expuestas acude en mi favor la carta que le dirigí cuando más en auge estuvo su poder, cuando los humos del triunfo le encalabraban la razón, y allá se iba disparado a toda tropelía. Para lo que ha hecho después, ya había dado buen principio; sabíamos ya quien era; mas, un vuelo de amor caritativo y de ira santa contra la tiranía, me hizo cerrar los ojos al peligro. Verdad es que García Moreno se reprimió y no me persiguió; antes alguna vez, cuando hubo su enojo temperado, durante el cual yo no era sino loco, por cuya razón me perdonaba, dejó escapar de sus labios una palabra en mi favor, según que tiene en su carácter superiores movimientos entre los aviesos y mezquinos de que abunda. Pero ved aquí esa carta.

Señor:

No es la voz del amigo que pide su parte en el triunfo la que ahora se hace oír, ni la del enemigo en rota que demanda gracia y desea incorporarse con los victoriosos. Mi nombre, apenas conocido, no tiene ningún peso, y no debe esperar otra influencia que la de la justicia misma y la verdad de lo que voy a decirle. Extraño a la contienda, lejos del teatro, he mirado los excesos de todos y los crímenes de muchos, lleno de indignación. No digo que todo lo he visto con ojos neutrales, no; mi causa es la moral, la sociedad humana, la civilización, y ellas estaban a riesgo de perderse en esta sangrienta y malhadada lucha. Los malos se habían alzado con el poder en este infeliz distrito, y la barbarie no sólo amenazaba, pero también obraba ya sobre la asociación civil. La inteligencia y la virtud pública en rematado vilipendio; las leyes y buenas costumbres holladas bajo los pies de miserables, incapaces de comprenderlas ni estimarlas; la justicia y el derecho huyendo ante la violencia y rapiña. ¿Era acaso partido? No, ni facción puede llamarse aquella cuyas

asonadas se hacían a la sombra de bandera tan siniestra: levantamiento de gentes sin ley, banda era tan sólo la que, por felicidad, acaba de sucumbir, y que no tuvo adeptos sino los de perversa inclinación, o los que por violencia estuvieron obligados a seguirle. El azote pasó. Los grandes criminales deben ser condenados inexorablemente, los secuaces y ciegos instrumentos, generosamente perdonados.

Pero ahora hay que pensar en cosas más serias tal vez, más serias sin duda. La Patria necesita de rehabilitación, y usted señor García, la necesita también. ¿Cuál es la situación política del Ecuador respecto a las naciones extranjeras? ¿No ha sido invadido, humillado, traicionado? ¿Qué defensas ha hecho de su libertad amenazada? ¿cómo ha sostenido su pundonor? Sólo enemigos ha encontrado en los que, debiendo defenderlo, no han hecho sino coadyuvar a los designios de ambiciosos extranjeros. Si no preparamos y llevamos a cima una espléndida reparación, no tenemos el derecho, no, Señor, de dar el nombre de país civilizado a estos desgraciados pueblos. Los otros nos rehusarán, y justamente, sus consideraciones, y todos se creerán autorizados para atentar contra nuestro territorio. No se alegue nuestra indigencia, que el valor y el honor en todos tiempos fueron recursos poderosos. ¿Y qué sería de la vida misma entre el miedo de los unos y la vergüenza de los otros? Ni son grandes enemigos los que tuviéramos que combatir, y nunca faltan medios de acometer y sostenerse al que antepone su consideración a su existencia. Usted debe sentirlo y conocerlo, usted Señor, más bien que cualquier otro. En su conducta pasada hay un rasgo atroz, que usted tiene que borrar a costa de su sangre... La acción fue traidora, no lo dude usted; mas creo, que si la intención no fue pura, sólo hubo crimen en el hecho; un sacrificio al Dios de las pasiones, venganza o ambición tal vez. Pero nunca pensó usted vender su patria, ¿es esto cierto? ¡Oh! ¡dígallo usted, repítalo usted mil veces! Hay más virtud en reparar una falta que en no haberla cometido; esta es verdad muy vieja: borre usted un paso indigno con un proceder noble y valeroso. ¡Guerra al Perú! Si usted perece en ella, téngase por muy afortunado: no hay muerte más gloriosa que la del campo de batalla, cuando se combate por la honra de la patria. Si triunfa, merecerá el perdón de los buenos ecuatorianos, y su gloria no tendrá ya un insuperable obstáculo.

En cuanto a mí, la suerte me ha condenado al sentimiento sin la facultad de obrar: una enfermedad me postra, tan injusta

como encarnizada, para siempre tal vez, tal vez de modo pasajero; mas por ahora me asiste el vivísimo pesar de no poder incorporarme en esa expedición grandiosa; porque si de algo soy capaz, sería de la guerra; pero no en facciones, en luchas fratricidas; la sangre de mis compatriotas inocentes, vertida por elevar o abatir a un quídam, me horroriza y acobarda. Mas, en una causa egregia, me vería honrado con la simple plaza de teniente, o cualquier otra en que pudiera morir o vencer por mis principios.

Empero, si usted tiene no sólo el poder y el valor para abrir esa campaña, sino también el deber de hacerla, ¿por qué no se haría? Justicia y resolución, ejércitos irresistibles que inclinarían la suerte a nuestro lado, bien como esas diosas del Olimpo, combatiendo entre los hombres en las antiguas batallas fabulosas.

Mas, si en vez de fijar los ojos en materia tan grande y necesaria, los torna a la satisfacción de mezquinos sentimientos, ¡cuánta desgracia para su país! ¡cuánta deshonra para usted! ¡cuánto pesar para los buenos ciudadanos! No lo creo, Señor; porque si sus pasiones son crudas, su razón es elevada. ¿No sería usted capaz de separarse de la miserable rutina trillada aquí por todos? Elevarse ¿para qué? Para descender en medio del odio y del escarnio de los a quienes pudieron hacer bien, haciendo el bien común, en vez de conquistar el afecto de los pueblos, cosa tan fácil para el corazón y el pensamiento superiores, y bajar en medio del aplauso de sus conciudadanos, a fin de seguir siendo siempre los primeros. Más fácil es el mal, pero no es imposible el bien: ensáyelo usted, pues siendo un bello ensayo, tendría positivamente laudables consecuencias.

Guerra al Perú. Si la suerte nos fuere adversa, nos quedará a lo menos el consuelo de haber hecho nuestro deber; si nos fuere favorable, quitaremos de sobre nosotros este peso, esta carga insufrible de la ofensa, al mismo tiempo que nos reconstituimos en medio de la libertad y de la paz, precursores necesarios de la civilización, sin las cuales en vano la pretenderíamos.

Pero me queda un temor: usted se ha manifestado excesivamente violento, señor García. El acierto está en la moderación, y fuera de ella no hay felicidad de ninguna clase. ¡Cuánto más mérito hay en dominarse a sí mismo que en dominar a los demás! El que triunfa de sus pasiones ha

triunfado de sus enemigos: virtudes, virtudes ha menester el que gobierna, no cólera ni fuerza. La energía es necesaria, sin la menor duda; pero en exceso y a todo propósito, ¿qué viene a ser sino tiranía? Los pueblos nunca confiaron el poder a nadie para la satisfacción de inmorales aspiraciones y caprichos, sino para fines muy diversos. «A mí se me ha elevado al trono, no para mi bien, sino para el del género humano», solía decir un gran Emperador de Roma. Los que disfrutan del poder, si quieren ser amados y honrados, deben tener en la memoria esta lección de aquel sabio monarca, que habiendo encontrado un día a un mortal enemigo suyo a quien había jurado toda su venganza, le saludó con este término: Mi buen amigo, te escapaste, porque me han hecho Emperador.

Que el poder no le empeore, Señor; llame usted a la razón en su socorro. El alma noble cuando triunfa, no ve amigos y enemigos; no ve sino conciudadanos, hermanos y compañeros todos. No digo esto por mí ni por los míos; pues habiendo sido extraños a esta lucha, nada debemos temer; y si algo nos sobreviniera trabajoso y malo, quedaríanos la fuerza de la inocencia y su consuelo. La última persecución que mi hermano ha experimentado ha sido injusta, injusta, ¡sí! y por consiguiente atroz; rezagos de viejas prevenciones, memorias de Urbina, nada más. En nuestra escena política pocos habrán sido tan moderados como él, tan opuestos a las demasías de sus amigos mismos; y en la disensión que acaba de terminar, ninguno más ajeno a toda intriga, ni más aborrecedor de los desmanes de esa gente. Por lo que a mí respecta, salgo apenas de esa edad de la que no se hace caso, y, a Dios gracias, principio abominando toda clase de indignidades. Algunos años vividos lejos de mi patria en el ejercicio de conocer y aborrecer a los déspotas de Europa, hanme enseñado al mismo tiempo a conocer y despreciar a los tiranuelos de la América española. Si alguna vez me resignara a tomar parte en nuestras pobres cosas, usted y cualquier otro cuya conducta pública fuera hostil a las libertades y derechos de los pueblos, tendría en mí un enemigo, y no vulgar, no, Señor; y el caudillo justo, justo y grande, me encontraría asimismo decidido y abnegado amigo.

Déjeme usted hablar con claridad: hay en usted elementos de héroe y de..., suavicemos la palabra, de tirano. Tiene usted valor y audacia, pero le faltan virtudes políticas, que si no procura adquirirlas a fuerza de estudio y buen sentido, caerá, como cae siempre la fuerza que no consiste en la popularidad. Pero consuéllese usted porque ellas pueden ser imitadas, y si

no las recibimos de la naturaleza, podemos recibirlas de los filósofos y sabios gobernantes. No piense usted en Rosas, ni en Monagas, ni en Santana sino para detestarlos; acuérdesese de Hamilton y Jefferson para venerarlos, y eso será ya una virtud, un buen augurio. Orillado el asunto principal, digo la guerra, como lo ha sido ya, dimita usted ante la República el poder absoluto que ahora tiene en sus manos; si los pueblos en pleno uso de su albedrío quieren confiarle su suerte, acéptelo, y sea buen magistrado; si le rechazan, resígnese, y sea buen ciudadano.

¿Le irrita mi franqueza? debe usted comprender que en el haberla usado me sobra valor para arrostrar lo que ella pudiera acarrearle, si me dirigiera al hombre siempre injusto. Mas al espíritu grandioso suele calmarle la victoria, y la moderación es un goce para él; y yo entiendo además, que el que lo quiere y lo procura, puede mejorar de día en día.

No he pretendido dar lecciones a usted, Señor, no; todo ha sido interceder por la patria común, celo y deseo de ver su suerte mejorada. Y si mis palabras tienen poco peso, bien estará concluir con una autoridad tan respetable como antigua; pues había Platón dicho, hablando del Gobierno, que: «Los hombres no se verían libres de sus males, sino cuando por favor especial de la Providencia la autoridad suprema y la filosofía se encontrasen reunidas en la misma persona e hiciesen triunfar a la virtud de los asaltos del vicio». Los soldados que nos han dominado hasta ahora pudieron prescindir de toda filosofía; mas los hombres que son ni pequeñuelos ni ignorantes ¿por qué no habrían de adoptarla?

(fdo.) Juan Montalvo.

La Bodeguita de Yaguachi, a de setiembre de .